

ANECDOMARIO

¿Cómo hablar de anécdotas sin referir una? Papá contaba de un vigilante que había en Salto. Se apellidaba Gariboto, y era gloriosamente bruto. Premiando 25 años de servicio, la comisaría había otorgado a Gariboto un obsequio recordatorio: un reloj pulsera. ¡Pero Gariboto no sabía la hora! Para jorobarlo, alguno le preguntaba: “Gariboto, ¿qué hora es?”, ante lo cual el susodicho extendía el brazo hasta que su muñeca quedaba frente a los ojos del inquisidor. Y ofrecía, serio y cumplidor como buen milico: “Sírvase a su gusto”.

Lo mismo vale decir de los 120 sucesos narrados en estas páginas. Se pueden leer de corrido o salteados, ordenados o no, todos o algunos. Como diría Gariboto: Sírvase a su gusto.

HUMOR CULTO

Un centenar de chistes brevísimos con un solo presupuesto: quien los lee, es una persona culta. Ejemplos:

– Hola, ¿hablo con lo de Hegel?

– Sí y no.

* * * *

Últimas palabras:

– ¡Decídanse, decídanse! (Tupac Amaru)

* * * *

- Che, Dalí, qué hora es?

- Laass ounnnce y meddeaaa...

* * * *

Una duda: ¿qué le ponía Marlon Brando a las tostadas? ¿Vaselina?



Mario Tobelem

Mario Tobelem

ANECDOMARIO



ANECDOMARIO

SEGUIDO DE

HUMOR CULTO

Otras obras del autor:

- *Prosa junta*, 1972 (selección y prólogo).
- e.e.cummings, *seis conferencias*, 1976 (traducción).
- *Cómo jugar y divertirse con naipes*, 1980.
- *La Terraza*, programa radial, 1983-1985 (creación y guiones en colaboración).
- *Grafein, teoría y práctica de un taller de escritura*, 1981 (en colaboración). Reeditado como *El libro de Grafein* en 1994.
- *La pequeña gran enciclopedia del Humor Absurdo*, 2000.
- *Maní con chocolate*, obra teatral, en cartel 1999-2000, publicada en 2003 (en colaboración).
- *Winemakers, el juego del vino*, 2006 (creación y redacción).
- Jorge Vilela, *La mañana del 10 de enero*, 2015 (corrección integral).



Mario Tobelem

Su polifacética actividad es ardua de resumir. Nacido en 1949, Mario Tobelem ha sido creativo publicitario, creador de juegos, investigador, crítico, autor teatral, guionista radial, humorista, traductor, editor, empresario. Profesor en Letras en la Universidad de Buenos Aires, donde también fue docente. Fundó Grafein, talleres de escritura, de legendaria influencia en el campo literario. Como especialista en juegos y pasatiempos, dirigió editoriales de revistas, produjo programas radiales y publicó varios libros del género. Tras ocupar la Dirección Creativa en agencias publicitarias argentinas e internacionales, creó La Usina, empresa dirigida por él desde 1991. Mario Tobelem ha obtenido múltiples premios y distinciones por sus ideas publicitarias y promocionales. En paralelo ha sido profesor y director académico en el Instituto Superior de la Asociación Argentina de Publicidad.

Mario Tobelem

ANECDO MARIO



El Chiquito, mi hermana Ana María, mi primo Horacio y yo, en la Casita del Río.

SEGUIDO DE

HUMOR CULTO

Tobelem, Mario

AnecdoMario. Seguido de Humor Culto.

Primera edición. 500 ejemplares.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

64 pág.; 15 x 21 cm

ISBN: 978-987-42-5461-0

© 2017, Mario Tobelem (mario.tobelem@gmail.com)

Diseño de tapa e interior: Marcelo Braz (www.marcelobraz.com)

Impreso en: Línea Gráfica, septiembre 2017.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723.

Impreso en Argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma y por cualquier sistema, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros medios, sin el permiso previo y escrito del autor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

SUMARIO

Advertencia6

ANECDOMARIO9

Décadas del 30 y del 40..... 10

Gariboto..... 10

Mamá..... 10

Década del 50..... 11

Córdoba..... 11

El cine en Salto..... 12

Más de Salto..... 14

En el balneario..... 17

El petiso Lagoa..... 18

El peoncito..... 18

Décadas del 50 y 60..... 19

La Casa Oxford..... 19

Juan Antonio..... 20

Parientes..... 21

Década del 60..... 22

El Chiche Carballo..... 22

Cruceros..... 23

Décadas del 60 y 70..... 23

Cine parlante..... 23

Facultad..... 25

Década del 70..... 26

Don Modesto..... 26

En la cancha..... 27

Variadas..... 28

Décadas del 70 y 80..... 29

Espectadores..... 29

Décadas del 70 hasta 2010..... 31

José Abel..... 31

Década del 80..... 35

Familia..... 35

Hijos..... 36

Más fútbol..... 37

Década del 90..... 38

Confusiones..... 38

Décadas del 90, 2000 y 2010..... 40

Alumnos..... 40

En viaje..... 41

En vuelo..... 44

Definiciones..... 44

Décadas mezcladas..... 45

Guarangas..... 45

Con moraleja..... 46

HUMOR CULTO..... 49

Al teléfono..... 50

Frases no tan célebres..... 52

Últimas palabras..... 54

Así empezaron..... 54

Comparaciones..... 55

Preguntiñas..... 55

Confusiones del futuro..... 56

Diálogos..... 57

Libros, cuadros y películas..... 58

Precuelas..... 59

... y secuelas..... 60

Nombres..... 60

Idiosincrasias..... 60

Hechos históricos..... 61

En tres actos..... 62

Surrealismo..... 62

ADVERTENCIA

Lo menos que se espera de una anécdota es que sea “real”. Vale decir, que no provenga de una invención, sino que haya efectivamente sucedido. Las que siguen son todas historias recogidas en la vida, por mí o por personas muy cercanas. Pero no puedo garantizar que hayan ocurrido tal cual, ni siquiera las propias.

La memoria es la parte más frágil del cuerpo humano, debilidad que se exagera en el mundo de las anécdotas. Cada vez que se cuenta la misma historia sufre pérdidas y agregados que facilitan el relato a la vez que lo traicionan. Las anécdotas se van refinando con el tiempo. No es raro que se modifiquen personajes, lugares, fechas. Sí es raro que cambien su sentido y su remate.

Para preservar lo más posible su “verdad”, he despojado a las historias de ambientación, dejando solamente lo que consideré un mínimo necesario para comprenderlas del todo. Espero haber ganado en economía. Si hubiera un contexto de algún interés, confío en que surja del relato mismo.

Otra dificultad obvia es el paso de la oralidad –donde las anécdotas viven naturalmente– a la lengua escrita. Trate de preservar su resonancia original; no sé si lo he conseguido.

Como me señaló un amigo, enumerar las anécdotas vividas es también esbozar una biografía. No me atrevería a tanto, ni me queda vida como para emprender tan difícil tarea. Ni, por otra parte, mi vida ha sido tan interesante. Pero ojalá estos textos den alguna cuenta de quién fui. Con esa ilusión, el orden de las anécdotas es cronológico y solo en segundo término, temático.

En una primera versión, algunos de los relatos figuraban escritos en presente y otros en pasado; supongo que lo hice para resultar menos aburrido. Pero estos tiempos alternativos no agradaron a mis primeros lectores –mi amigo Pancho Dondo, mi esposa Liliana Albamonte, mi hermana Ana María Tobelem– así que acepté su unánime dictamen y unifiqué todo en imperfecto o perfecto simple, con un par de excepciones.

Agradezco a quienes me ayudaron a recordar, en especial a mi mujer. A todos los mencionados pido disculpas si algo puse que no hubiesen querido ver impreso. Y a los lectores, disculpas extra por las anécdotas que olvidé, o no me atreví a contar.

Mario Tobelem

ANECDOMARIO

120 SUCEDIDOS QUE SIEMPRE ME GUSTÓ CONTAR

DÉCADAS DEL 30 Y DEL 40

Nací en 1949, así que estas historias anteriores de Salto, donde pasé mi infancia y adolescencia y adonde sigo ligado, me las relataron otras personas. Más que nadie, mi padre, Mario Arturo Tobelem, que sabía disfrutarlas.

Gariboto

* Papá contaba de un vigilante que había en Salto. Se apellidaba Gariboto, y era gloriosamente bruto. Premiando 25 años de servicio, la comisaría había otorgado a Gariboto un obsequio recordatorio: un reloj pulsera. ¡Pero Gariboto no sabía la hora! Para jorobarlo, alguno le preguntaba: “Gariboto, ¿qué hora es?”, ante lo cual el susodicho extendía el brazo hasta que su muñeca quedaba frente a los ojos del inquisidor. Y ofrecía, serio y cumplidor como buen milico: “Sírvase a su gusto”.

* Tiroteo a un comité conservador. Gariboto llegó corriendo, dispuesto a intervenir, pero los agresores acababan de escapar. Uno de los agredidos señaló la pared: “Vea el orificio”. A lo cual Gariboto desenfundó su revólver y preguntó a los gritos: “¿Dónde está Orificio?! ... ¿Dónde está Orificio?!”

* Tras alguna de las diversas revoluciones de aquellos días, Gariboto increpó a un tipo que estaba sentado en la plaza. “A ver, usted, ¿no sabe que hay Estado de Sitio? ¡Disuevasé!”

Mamá

* Evelia Méndez era chica cuando tomó el sacramento de la Confirmación junto a otras nenas como ella en la iglesia local. Debían repetir lo que el cura les iba diciendo. El cura recitó: “Renuncio a Satanás, a

sus pompas y a sus obras”. La que veinte años más tarde sería mi madre, repitió a los gritos: “Ranuco Bataraz, a sus proas y a sus proas”.

* Se habían puesto de moda los shorts, y mamá, quinceañera, fue a la modista a probarse uno. El comentario de la costurera fue: “¡Ay, esta chica, tiene piernas especiales para Shorthorn!”

* Burlándose de un tano que hablaba mal, en Salto solía decirse, en lugar de “Vaya uno a saber”, “Vaya a sapire, dijo Propatto”. En un velorio, el tío político de mamá Ángel Pérez usó la expresión, sin saber que su interlocutor... era el mismísimo Propatto.

DÉCADA DEL 50

Córdoba

* De pequeño, pasaba las vacaciones en Córdoba: La Falda, Valle Hermoso... Allá subí por primera vez a un burro para dar un corto paseo, llevado por su joven dueño. Después subió mi hermana Ana María. Como era muy chiquita, no hubo paseo. Simplemente, papá la hizo montar un minutito, siempre sosteniéndola, y luego la sacó. Pero ese minuto le había alcanzado a mi hermana para hacerse pis de la emoción. Inmediata exclamación del muchachito en su tono cordobés: “¡Gorda miona, me miaste el burro!”

* Por esa época, en un burro similar pasearon mi abuela Elba y mi tía Kela. Cuando bajaron, un par de chicas jóvenes tomaron sus lugares. El cuidador del animal, también un muchachito, les dijo el precio a las damiselas. Mi tía lo escuchó. “¿Cómo? ¡A nosotras nos cobraste más!” La atinada respuesta fue: “¿Y qué les voy a cobrar a ustedes, viejas pelo violeta?”

El cine en Salto

Salto se enorgullecía de tener dos salas de cine: el Cervantes (que había sido la Sociedad Española) y el Roma (ex Sociedad Italiana). Las dos pertenecían al mismo dueño, y quedaban a menos de una cuadra de distancia.

* El Cervantes lucía butacas de madera con armazón de hierro. Unidas entre sí, pero no necesariamente al piso. De manera que si el cine estaba medio vacío y algún chistoso empujaba, podía generar un ruidoso efecto dominó. ¿Ocurrió alguna vez? Sí. Muchas.

* Antes de la película, y también en el intervalo, otra que Lowe; bajaba un telón repleto de distintas publicidades referidas a locales y servicios del pueblo, llenitas de colores y de textos. El juego para entretenerse en esos minutos muertos era proponer al acompañante “¿Dónde dice...” y a continuación una de las muchísimas palabras escritas en algún lugar del telón. Cuando el otro la descubría, preguntaba a su vez, y así. El juego se interrumpía cuando volvían a subir ese telón, y la última palabra a encontrar se arrugaba y desaparecía.

* Para ir al baño de hombres teníamos que salir a un patio. Como el baño se llenaba, muchos optaban por orinar directamente contra la pared, tratando de no mojar a los animales que andaban por ahí, porque el patio era también gallinero. Como había una puerta que conectaba ese patio con la sala, de vez en cuando algún gracioso la abría (entraba, recuerdo, un fogonazo de esa luz ominosa de la siesta) y arrojaba una gallina durante la proyección, originando el obvio revuelo, el prenderse las luces, el acomodador buscando al culpable... Si lo encontraba, se lo llevaba de las orejas.

* La programación respondía a un modelo más o menos fijo. El martes a la noche el Cervantes daba cine argentino, tres películas, generalmente del mismo actor: tres de Sandrini, o tres de Catita, o tres de Los Cinco Grandes del Buen Humor. Miércoles y jueves, un par de

filmes dramáticos para gente grande, siempre a la noche. Viernes y sábados a la noche, domingos tarde y noche, dos películas también para adultos, pero más del género entretenimiento: de guerra o policiales o de espías...

* El Roma, en cambio, era más finoli. Hasta tenía el piso móvil, que permitía eliminar la inclinación y armar allí los feroces bailes de carnaval. (Dicen que al entrar te palpaban de armas... y si no tenías, te daban una para que te defendieras). Proyectaban allí dos películas los miércoles y jueves, y otras dos los fines de semana, incluyendo la famosa “ronda” del domingo a la tarde. Programas familiares, con predominio de comedias de amor. Doris Day era el emblema. Iba con mi papá, mi mamá y mi hermana, pero ellos elegían el primer o segundo palco a la entrada, lejos de la pantalla, y yo no soportaba estar a tanta distancia. Papá se enojaba, quizás pensando que me daba vergüenza mostrarme con ellos. Cuando advirtieron que lo hacía porque no llegaba a leer las letras, me llevaron al oculista y descubrieron mi miopía.

* El domingo a la tarde temprano, en el cine Cervantes, de una a cuatro y media, la maravillosa matiné. Dos películas para chicos: de cowboys, de piratas, de acción en general; o cómicas, estilo Jerry Lewis. Primero iba con mi primo Horacio Pérez, que estaba en sexto grado cuando yo apenas en primero inferior. Horacio me abandonaba en las filas de adelante (dejándome a merced de los que te golpeaban la cabeza desde atrás o, peor, apuntaban a tu oreja con una mini honda hecha con alambre y bandita elástica y cargada con granitos de maíz) y se iba atrás con sus amigos.

* A partir de los siete u ocho años empecé a ir solo. Mi papá me daba dos pesos. Uno costaba la entrada y con el resto le compraba al caramelero dos paquetes de pastillas de anís Águila Saint, a 50 centavos cada una. Pero, para no comérmelas todas de un saque, compraba un paquete antes de entrar y otro en el intervalo. El ritual se cumplió una y otra vez, hasta que un día... ¡las pastillas habían aumentado a 60 centavos! Me pasé la primera película sufriendo porque no iba a tener

pastillas para la segunda. En el intervalo anduve alrededor del cajón que portaba el caramelero y cuando me pareció que no miraba... me robé el segundo paquete, sellando el primer delito de mi vida.

* En esa época las copias fílmicas (tan usadas que se cortaban a cada rato) rotaban entre los cines de los pueblos cercanos; a veces, enteras; a veces, repartidas en actos. En esas idas y venidas, al dueño del cine le había quedado una cinta (así las llamábamos entonces) que usaba de comodín cuando la peli programada no llegaba a tiempo. Era de cowboys y se llamaba *El águila vengadora*. La debo haber visto unas veinte veces. Recuerdo el abucheo y pataleo y huida hacia el hall del cine cada vez que, sin aviso alguno, empezaba *El águila vengadora* en lugar de la de Randolph Scott o Errol Flynn que esperábamos. Pero yo me quedaba.

* Ese mecanismo de reparto de rollos era por todos conocido. Más de una vez habíamos visto llegar la moto con las latas un par de minutos antes de la función. Y era, a la vez, una magnífica excusa. Cuando alguna bochornosa tarde de verano éramos apenas dos o tres los que esperábamos para entrar, y se hacía la hora y no llegaba nadie más y seguramente resultaba más caro pagarle al proyectorista, el encargado Torres nos encaraba: “Disculpen, muchachos, vamos a suspender porque no llegó la película de Arrecifes”. Y nos íbamos mirando las baldosas de la vereda.

Más de Salto

* Uno de Salto había pasado un par de semanas con un tío en Buenos Aires. Volvió agrandado. Se encontró con un amigo en la calle y le preguntó: “Che, ¿qué tal se ponen acá los bailes de Defensores?”

* Otro había estado unos días en Carmen de Areco, pueblo vecino. “¿Te gustó la gente de allá?” le preguntaron. “No, todos forasteros”, respondió.

* Otro se compró y puso unos terribles anteojos negros. “¿Qué hacés?” le reclamaron. Él contestó muy serio: “Es que estoy de seudónimo”.

* En Salto abundaban, abundan y abundarán los sobrenombres. Muchos son ingeniosos, como decirle “Mentira” al que tiene las patas cortas o “Mulita puta” al que anda cada día con un peludo diferente (peludo significa borrachera, por si alguien no lo sabe).

Pero su originalidad es dudosa, probablemente se vayan copiando de aquí y de allá. De todos modos hay uno que sí quiero consignar. Al pobre tipo un accidente ferroviario le había causado la amputación de una pierna y parte del brazo del mismo lado. ¿Cómo le decían? “El asomao”.

* “¡En este pueblo no hay quien pague una casa!” quiso decir el saltense que pretendía vender su vivienda y no conseguía comprador. Pero exclamó: “¡En este pueblo no hay quien cague una pasa!”

* Con similar mecanismo, mi pariente Raúl Viglierchio intentó referirse despectivamente a una que conocía: “Esa... esa usa postañas pestizas”.

* El chofer de Salto tenía que llevar a los políticos en campaña a Junín, y de allí a Luján. Nervioso, preguntó: “De Lujín a Junán, ¿cuánto habrán?”.

* Mi papá le advirtió a la mucama que la leche estaba hirviendo. Ella: “Disculpe, señor, no sabiba que la leche herviba”.

* El Cordobés era un pícaro borrachín de Salto. Recorría el pueblo pidiendo plata y –de ser posible– un vaso de vino. Una vez había un asado en el club de tenis, asado que el Cordobés interpretó como una reunión política. Por eso, cuando le convidaron un vaso de algo brindó

así por los presentes: “Gracias... ¡Y viva el partido del que son ustedes!”

* Con mi padre solían ejercitar el siguiente diálogo. Papá: “¿Por qué tomás vino, Cordobés?” Cordobés: “Es que el cuerpo me pide vino”. Papá: “¿Y si el cuerpo te pide agua?” Cordobés: “Bueno, no hay que darle siempre el gusto al cuerpo...”

* De joven, vendía globos en la plaza; de viejo, cuidaba autos en la puerta del cementerio. Su inocencia infantil lo hacía blanco de bromas crueles (como un mentado falso casamiento) pero también objeto de cariño. Se llamaba de algún otro modo, pero el pueblo lo conocía como “El Chato Flores” aludiendo a un exitoso cantor de la orquesta de Enrique Rodríguez. Porque nuestro Chato no perdía ocasión de entonar –mal– algún tanguito.

Tendría yo unos diez años cuando mis padres me dieron permiso para ir, llevado por una joven niñera, a las kermesses nocturnas que gente de afuera había montado en un baldío. Kermesses y concurso de cantores. Jurado oficial no había; con la entrada, cada persona recibía una papeleta donde anotar el nombre del mejor cantor escuchado. Quien cosechaba más votos, ganaba. Noche tras noche, el Chato arrasaba. ¡Hasta ganó una noche en que, tal vez enfermo, no pudo presentarse en el escenario! ¡La gente lo votó igual!

* Otra con papá. Subió al micro en Luján un chico vendiendo estampitas a un peso. Papá le compró una, pagó con cinco y el chico le dio dos pesos de vuelto. “¿No valían un peso?” protestamos. “Sí, pero esta está bendita”.

* La madre del terrateniente (autodenominado chacarero) escuchaba el halago: “Qué flor de campo tiene su hijo, señora... Casi doscientas hectáreas...” Y respondía: “No, si lo tiene todo lleno de suciedad de vacas”.

* “Que venga nomás el comunismo”, aceptaba otro chacarero de la zona. “Con un poquito de campo que uno tiene, y otro que le den en el reparto...”

En el balneario

* El balneario de Salto cuando yo era chico constituía una anécdota en sí mismo. Por ejemplo, el cemento estaba pintado con enormes carteles (cada letra mediría medio metro de alto) en mayúscula. Uno decía: RESPETA SI QUIERES SER RESPETADO. Y otro, mejor: ANTES DE HABLAR MAL DE UNA MUJER ACUÉRDATE DE QUE TIENES MADRE.

* Había unos parlantes por los que pasaban música y avisos entre las 10 y las 12 y entre las 16 y las 18. Una vez la locutora presentó un disco de Ray Conniff de la siguiente manera: “Ahora escucharemos “Bésame mucho” por la orquesta de Ray Cofín... perdón, de Ray Conif”.

* Ofelia Álvarez, íntima amiga de mi mamá, había llevado al balneario a su sobrina Monina, que tendría unos cinco años. Monina llevaba puesta una bikini, prenda que recién aparecía y que en Salto estaba prohibida. El vigilante de turno se acercó a Ofelia y le dijo que la nena así no podía permanecer. Ofelia, rápida, le preguntó “¿Qué parte de la bikini le saco?”. El milico dudó un poquito y luego dijo “La de arriba”. Ofelia obedeció y santas paces.

* En lugar de ir al balneario, invitamos a la familia de enfrente a conocer la quinta que había comprado mi papá. Gustavo Sario –de cuatro años- esperaba sentado en el umbral. “¡Vamos a conocer la quinta, Gustavito!” lo entusiasmaba mi mamá. Él, serio y asustado: “Pero... ¿hay todo?” “Sí, hay una casa, una pileta, caballos”. Gustavo repetía: “Pero... ¿hay todo?” “Sí, llevaremos leche, galletitas, lo que quieras”. Él: “¡Nooooo!” Y poniéndose los índices en la frente como cuernos, aclaró: “¡Todo muuuu!”

El petiso Lagoa

* Más tarde fue masajista y también bañero, pero Lagoa se hizo conocido como el corredor pedestre de mi pueblo. Doblemente pedestre, a juzgar por sus desaguisados idiomáticos. “Tu mamá sufre de las vér-tulas”, me dijo un día.

* Durante su importante carrera como fondista, llegó a puntar largamente una Maratón de los Barrios. Poco antes de la llegada lo pasaron el gran Delfo Cabrera y alguno más. El petiso llegó tercero. Jadeante aún, enfrentó los micrófonos: “Dedico este triunfo... al coronel general Perón... que me estará escuchando... que me disculpe... que si no pude llegar más antes... fue porque tengo todos los pieses empollados...”

El peoncito

* Esta anécdota –una de mis preferidas– me la contó mi amigo Horacio Vilela. Tal vez desde que existen Cariló y Punta del Este no sea tan usual, pero cuando yo era chico lo normal para los hijos adolescentes de los dueños de estancia (residentes en Buenos Aires, claro) era pasar las vacaciones en el campo. Tal cosa hacía esa niña de unos quince años, muy bonita, de la cual se prendó perdidamente uno de los peones de la estancia, que no tendría ni veinte. De más está decir que era una pasión a distancia: él la miraba y admiraba desde lejos evitando que ella, del todo indiferente, notara nada. Así pasaban los días, el peón abrasado de amor, y ella ni enterada de la existencia del mozo. Hasta que un día lo mandaron al peoncito a sacar agua del aljibe. Ató el enorme balde vacío, lo bajó con la roldana, cargó el agua, lo subió, lo agarró para desatarlo... cuando descubrió que Ella estaba a dos o tres metros, mirándolo. Y él, con el balde lleno en sus manos. ¿Qué hizo? Inclino el balde y se tomó toda el agua.

DÉCADAS DEL 50 Y 60

La Casa Oxford

Así se llamaba la tienda de mi papá. Era grande, de las dos o tres más grandes del pueblo. Vendía ropa de hombre (trajes, camisas, pulóveres, pantalones, ropa interior), incluyendo calzado (zapatos, zapatillas, alpargatas, botas) y sombreros. Pero también indumentaria y artículos deportivos, frazadas, valijas... Y toda la parte cosmética, desde Gomina Brancato (Gomina va con mayúsculas porque fue marca antes de ser genérico) hasta hojas de afeitar. El negocio abrió en 1938 y se extinguió cruzando el fin de siglo, ya con papá fallecido y mi hermana al frente. En sesenta años y con una veintena de empleados, la Oxford acumuló un vasto anecdotario, buena parte del cual me ocultaron por ser el hijo del patrón. Hay apenas unas pocas historias que recuerdo.

* “Guarda el hilo (o al hilo)” es una expresión de incierto origen, que advierte “¡Cuidado!” o “¡Atención a esto!”. Un hombre compró en la Oxford, salió del negocio y volvió enseguida porque “le habían cobrado de más”. Ningún problema, el cajero revisó la cuenta que figuraba en la boleta, y resultó que sí, que le habían cobrado mal... pero de menos. El hombre pagó la diferencia, pero igual se fue fanfarroneando: “¡Y guardia al hilo como soy yo pa’ las cuentas!”

* Entró una señora a comprar jabón. “Quiero marca Cosquín”. El vendedor se disculpó: en la Oxford no tenían ni conocían esa marca. “¡Cómo no la van a conocer, si todo el día le están haciendo propaganda por la radio! ¿Y qué marcas de jabón tienen, entonces?” El vendedor empezó a enumerarlas: Palmolive, Lux, Festival... “¡Esa es la que quiero! ¡Festival de Cosquín!”, se alegró la señora.

* A la salida del negocio, muy alto, lucía un afiche de jabón Palmolive, donde una bella modelo se daba un placentero baño de inmersión en una bañera repleta de espuma. Aparte de la cara, apenas se veían sus

hombros. Un cliente pícaro levantó la vista y al instante propuso: “¿Y si le sacan el tapón?”

* Un cliente de la Oxford se ufanaba de su capacidad de ahorro, cuya denominación correcta era amarretismo. Había encontrado a su hijo leyendo de noche con la luz prendida y lo había reprendido así: “¿Qué hacés vos, gastando usina con la cris que hay?”

* Por el contrario, otro cliente estaba orgulloso de que su hijo estudiara para cura. En sus vacaciones del seminario, el muchacho seguía leyendo y el padre lo alentaba: “Estudea, hijo, estudea, que así vas a ser un gran cerdote”.

Juan Antonio

Cadete de la Oxford era un hombrón uruguayo, alto, panzón, criado en el campo, tan bruto como bueno. De la misma edad que mi viejo, al que adoraba y trataba de usted, don Mario; en tanto papá lo tuteaba cariñosamente. Vivía a dos cuadras de la Casita del Río, nuestro segundo hogar a orillas del Salto. Allí nos cuidaba el Chiquito, perro bravo con todos menos con Juan Antonio, que lo bañaba revoleándolo al río desde una barranca.

* En la Oxford había varios bromistas, pero destacaba en ese rubro uno de los encargados, Raúl Oña. ¿Su blanco preferido? Juan Antonio, por supuesto. Desde encargarle comprar kilovatios en la usina eléctrica hasta mandarlo a reclamar pagos a clientes que ni lo eran.

* En esa época los sombreros de vestir venían en cajas cilíndricas y estas, a su vez, en otro cilindro más grande, de unos 80 centímetros de diámetro por más de un metro de alto. Los malvados hicieron lo siguiente: abrieron por abajo uno de esos cilindros, sacaron los sombreros y allí escondieron a uno. “Juan, llegaron sombreros, abrí la caja por favor”. Con una trincheta Juan Antonio cortó la tapa de punta a punta y empezó a abrirla. En ese momento, el que estaba adentro pegó

un salto y un grito asustador. Juan Antonio cayó de espaldas, cuan grandote era.

* Juan Antonio recordaba de sus trabajos rurales que una vez lo habían mandado en sulky al pueblo a buscar algo. Cuando pasó por el bien sembrado lote vecino, vio de lejos a alguien que lo saludaba con el brazo. Lo saludó Juan, notando que el hombre lo seguía saludando a él. A la vuelta, lo mismo. Ya a la distancia, el tipo agitaba un brazo; y lo seguía agitando cuando Juan se alejaba. Él le devolvía el saludo, un tanto sorprendido. Cuando llegó a donde trabajaba, preguntó: “Che, ¿quién es ese gringo saludador del campo de al lado?” “Qué gringo ni gringo, no ves que ataron el espantapájaros a un aspa del molino...”

* Juan Antonio vivía con su tío, a quien esperaba heredar. El tío enfermó, estaba en las últimas, acostado en una cama del hospital y con máscara de oxígeno. Cada tanto se quitaba la máscara para darle a Juan Antonio alguna instrucción. Y Juan le decía: “Cállese, tío, y siga con lo suyo”.

Parientes

* Mi abuelo Alberto Méndez nunca habló mal de nadie. Su conducta al respecto era insobornable. Para él, un grupo de delincuentes era “gente un poco atrevida”. Una vez lo vieron charlando amigablemente con un asesino reiterado y confeso. Después, entre mi madre y mi abuela le reprocharon. “Papito, que hacía conversando con ese, que ya mató a tres personas”. La despectiva respuesta de mi abuelo no se hizo esperar: “Bueno, dicen”.

* Casquivana como mi tía Guigue (única hermana de mamá), pocas. De jovencita cambiaba de novio cada dos por tres. Cuando tenía un novio nuevo entraba a la casa contenta, exclamando “¡Me caso otra vez! ¡Me caso otra vez!”

* A veces no tenía tiempo de desprenderse del novio viejo cuando ya tenía uno nuevo. En tal caso mi mamá era cómplice. Mientras mi tía afilaba (así se decía) con uno en la puerta, mi mamá, aprovechando la similitud de las voces, atendía a otro por teléfono.

* Guigue –ya mi madrina– reconocía su veleidad. “En mi velorio” decía “van a dar número”.

DÉCADA DEL 60

El Chiche Carballo

A este lo conocí bastante, porque hacía de director técnico en la sexta división de Sports, donde yo jugaba.

* Su táctica era sencilla y la transmitía con claridad: “Cuando ustedes tengan la pelota, jueguen al fulbo, metan pases y gambetas; cuando la tengan ellos... peguen”.

* Pero además de DT en inferiores, el Chiche Carballo era aguatero de la primera. Durante un partido, “Polón” Chiari, uno de los grandes jugadores que tuvo Sports, chocó con un rival y se lastimó la cabeza. Y allá fue Chiche a asistirlo, limpiarlo y vendarlo. Cuando regresó a su puesto, entre la línea y el alambrado donde estaba el público, le preguntaron: “¿Qué le pasó a Polón, Chiche?”. Él, conocedor, se dio vuelta, separó el pulgar del índice varios centímetros y describió: “¡Se hizo un rajo así en el pelo cabelludo!”

* Por esos años la intendencia hizo construir la primera rotonda del pueblo, cerca de la casa del Chiche. Él comentaba: “¡Si será de bruta mi vecina que a la *redonda* le dice *retonda*!”

Cruceros

* Siendo mi hermana y yo adolescentes, hicimos con mis padres dos cruceros con la compañía Ibarra, uno al carnaval de Río y otro al Caribe. Entre los muchos pasajeros estaba la familia Murekian. De origen obviamente armenio, tenían comercio de ropa y eran todos gordos. Aunque no trabamos amistad con ellos, era imposible no tenerlos registrados, por su tamaño y porque se movían en bloque por todo el barco.

Una mañana nos levantamos y paseábamos por cubierta mirando el mar cuando mi padre desapareció. ¿Dónde estaría? Mamá preocupada. Al rato apareció papá, con una indumentaria que no era la que se había puesto al levantarse. Venía sonriendo. Declaró: “Ya sé lo que desayunaron los Murekian”. ¿Cómo? ¿Por qué? “Porque uno de ellos quiso vomitar por la borda sin tener en cuenta que vamos en un barco en movimiento. El vómito no cayó al mar derecho, sino que voló hasta donde yo estaba y...”

DÉCADAS DEL 60 Y 70

Cine parlante

En mi extensa carrera como espectador de cine, registré múltiples comentarios en voz alta.

* Cine Gran San Juan, en Boedo. *La tentación desnuda*, con Isabel Sarli y Armando Bo, por supuesto también el director. Naufragio de una lancha donde jóvenes de la alta sociedad la están pasando bomba. Para los diarios (obviamente, *Crónica*), se ahogan todos. Pero no: Isabel nada como puede hasta una isla donde Armando es un anacoreta que vive rezando. Al rato nomás ella se le insinúa y él resiste a la tenta-

ción. Un espectador de la fila de atrás no aguantó la ansiedad y gritó: “¡Dale, negro, movele el guiso!”

* Estreno de *Los paraguas de Cherburgo*, película cantada de punta a punta. Todo un esfuerzo para espectadores acostumbrados a otra cosa. En medio de la función, uno se paró y mientras abandonaba la sala, imitando la entonación sopránica del film, cantó: “Bueno... suficiente... yo me voy a la mierda...”

* Esto fue en Salto. Película: *Salomón y la Reina de Saba*. Gina Lollobrigida (la reina) ha preparado un fastuoso banquete, pero Yul Brynner (Salomón) avisa que no asistirá. Enojadísima, ella vuelca la mesa y los manjares caen sobre la pantalla. Del pullman se oyó un vozarrón: “¡Agarrá, Sixto!”, respondido desde la primera fila con un “¡Bueno, che!”

* *Metello* en un cine de la calle Corrientes. Tras la escena de amor, ella lo llama dulcemente: “Metello...” a lo que un vivaracho del público preguntó: “¿Otra vez?”

* Con César Aira viendo una primera función de un día de semana (quiero decir, con poca gente en la sala) en uno de esos cines con declive de la calle Corrientes. De pronto oímos unos ruiditos. Algo pasó bajo nuestros pies. Perlas, que se iban acomodando donde terminaba el declive, al pie del escenario. Nos levantamos a juntarlas para la señora que las perdió, ubicada un par de filas más atrás, y se las dimos. El acomodador, que iluminó parte de la secuencia, no advirtió que la mujer estaba ahí nomás, guardando las perlas de su roto collar en la cartera, y preguntó en voz alta: “¿Y, pibes? ¿Les dio algo la vieja?”

* La Sala Lugones del Teatro San Martín empezó a dar cine, y ahí acudíamos casi todos los días con Edgardo Chibán, José Abel Perdomo, Mariano García... Nos sentábamos siempre en primera fila y éramos espectadores muy exigentes: la proyección debía ser perfecta. Por eso no resultó raro que Mariano empezara a vociferar “¡Cuadro! ...

¡Cuadro!”. Lo raro es que la imagen estaba en cuadro. Nos miramos con Edgardo hasta descubrir que Mariano se había hundido tanto en su butaca que el borde del escenario le tapaba parte de la proyección.

* Con más de 20 años, encuentro en el cine de Monte Hermoso con mi amigo de Salto Abel Zanotto y su amigo de Buenos Aires Héctor Mussari. Yo estaba con mi novia Laura Palacios y su amiga Susana Dipróspero. En medio de la película se cortó la luz, sonaron algunas protestas y abucheos, que acalló Héctor soltando el chiflido más estruendoso que yo hubiera oído jamás. La luz y la película retornaron de inmediato.

Al día siguiente caminábamos los mismos cinco por la playa, cuando Susana encontró a varias amigas muy finas, que casualmente también habían ido al cine la noche anterior. Pero esas chicas, en lugar de preguntar qué nos había parecido la película, iniciaron la charla asombradas: “¿Vieron el chiflido que pegó el guarango ese?” Susana se limitó a señalar a Héctor: “Fue él”.

Facultad

Entré a la Facultad de Filosofía y Letras en 1967. En esa época, más del 80 % de quienes estudiaban Letras militaban en el sexo femenino. Ana María Shua, Elsa Bornemann, Inés Fernández Moreno, Graciela Pérez Aguilar, Ana María Pomar, Liliana Albamonte, son solo algunas de las mujeres talentosas e inteligentes con quienes compartí materias en la Facultad de Filosofía y Letras. Pero había otras que...

* Una alumna de Letras a punto de recibirse consultó a Roberto Juarroz, singular poeta y director de la biblioteca de la facultad. Ella buscaba bibliografía sobre el Arcipreste de Hita, para dedicarle su tesis de licenciatura. De memoria, Juarroz le citó un par de excelentes libros en inglés, pero ella no leía ningún otro idioma que no fuera el español. En tal caso, “tendrá que conformarse con lo que hay en nuestro fichero”. “No hay nada”, afirmó la alumna. “No puede ser, venga que la acompa-

ño a buscar”. Al ver el fichero que Juarroz revolvía, ella se dio cuenta: “Ah... era con hace...”

* Mi amiga Isabel Muñoz caminaba avergonzada de ser una alumna de Letras leyendo *Cien años de soledad* un par de años más tarde del tremendo éxito de la novela. Intentó ocultar el libro, sin lograrlo, cuando nos cruzamos con una compañera, que la indagó: “¿Qué estás leyendo? A ver... ¿Qué es, un libro de historia?”

* Año más tarde yo era ayudante de Literatura Iberoamericana, cátedra Noé Jitrik. Hablaba en una comisión acerca de los escritores argentinos del interior. Una alumna me interrumpió. “Sí, yo leí en la revista Gente sobre uno llamado Juanete”. Se refería a Juan L. Ortiz, apodado Juanele.

DÉCADA DEL 70

Don Modesto

* Don Modesto Chibán, padre de mi amigo Edgardo, hacía honor a su nombre. Aunque propietario de un gran supermercado en Salta, se movía en un Fiat 600 porque le resultaba más cómodo. Y leía novelitas de cowboy, las más baratas. Parando en casa de Edgardo, la madre me pidió avisarle “al papá” que la cena estaba lista. Tuve que interrumpir la lectura de Don Modesto. Fingió enojarse: “¡Justo ahora, que al muchachito lo atacan dos indios y le queda una sola bala!”. Al día siguiente se me antojó preguntarle cómo había hecho el muchachito. “Así”. Convirtió su mano en un imaginario revólver y lo movió en horizontal abanico. “Puuuuuum”

* La hermana de Edgardo se había recibido de maestra y esperaba un obsequio de su padre. Don Modesto llegó al mediodía. “Adrianita, seguramente tu primera suplencia va a ser en una escuela lejana, y vas a necesitar cómo moverte. Andá a la puerta a buscar tu regalo.” Adriana fue corriendo a ver de qué color era el auto. Lo que había en la puerta era un burro.

En la cancha

* Mi padrino fue un señorón de Concordia, Jorge Rodríguez Moyano, casado con Mery, una hermana de mi padre. He conocido pocas personas a quienes les gustara el fútbol como a él. Era hincha de Estudiantes (y el motivo por el que yo soy de Estudiantes, pero esa es otra historia). Jorge disfrutaba el buen juego, así que en cada torneo seguía domingo a domingo al mejor equipo, normalmente el puntero: San Lorenzo, River, Ferro, el que fuera. Durante un par de años mi papá tomó un palco en la cancha de Boca y el tío Jorge nos acompañaba. Comíamos pizza en Banhero y entrábamos a la bombonera a eso de las once de la mañana. Veíamos la tercera, la reserva y la primera, tres partidos al hilo. Cuando terminaba el último y mientras esperábamos que se alivianara la salida, el tío Jorge se quedaba mirando la cancha vacía y reflexionaba: “Lástima que estos negros se cansen”.

* Cancha de All Boys, que en aquel momento estaba en primera. Día de semana. Poca gente. Igual saqué platea, cerca del alambrado. A un par de butacas vacías de distancia, se aposentó un señor de unos cuarenta años, vestido de marroncito con traje, chaleco y corbata. Prolijamente acomodó su attaché a un lado. Hasta desdobló su pañuelo para apoyarse en el asiento: más formal imposible. A los cinco minutos un jugador rival volteó malamente a uno de All Boys, pero el pelirrojo juez Nitti se limitó a cobrar la falta. El espectador vecino se volvió loco. Parado e inclinado sobre la cancha gritaba una y otra vez su insulto multicolor: “Colorado hijo de puta, sacá la amarilla... Colorado hijo de puta, sacá la amarilla...”

Variadas

* Mis tíos Guigue y su marido Norberto Ravetta vivían en Villa del Parque. Durante mi secundaria, pupilo en Luján, solía provechar algún fin de semana para visitarlos. Y también los visitaba más tarde, cuando ya iba a la facultad y vivía en Buenos Aires. Cierta vez Norberto me propuso irnos a cortar el pelo a su barrio. Gentilmente dejó que me atendieran a mí primero. El hombre me daba charla, yo respondía. Después pasó Norberto. Mientras le emparejaba el bigote, el peluquero comentó: “Piola, el pibe. ¿Qué estudia?” “Letras” contestó mi tío. El peluquero se apartó, abrió los brazos y exclamó: “¡¿Letras?! ¡Se va a llenar de guita! ¡No sabe lo que me cobraron por esa porquería que me hicieron en la vidriera!”

* Mi amigo Geo Frattini se iba a su pueblo, Olavarría, portando una enorme y pesadísima valija en su mano derecha. En la izquierda llevaba una campera finita. “Aunque sea dame que te la llevo yo” le dije. “No”. “¿Por qué no?” “Porque voy compensado”.

* Fue una noche de sábado. Tras una charla tranquila en una casa con amigos, luces bajas y música suave, se hizo bien tarde. Con Eduardo Stupía y Daniel Samoilovich tomamos un taxi acompañando a mi entonces novia y hoy esposa Liliana Albamonte a Constitución, donde tomaría un tren a Quilmes. Llegamos a la estación a eso de las cinco de la mañana. Hervía. Gente que iba y venía. Luces por todos lados. Música estridente que salía de los negocios donde vendían cassettes, diez temas distintos sonando a la vez. El contraste con la tranquilidad que habíamos vivido antes fue atroz: nos quedamos pasmados, tratando de asimilar tanto ruido y eléctrica actividad. Ya habían empezado a lavar la estación; una enorme manguera naranja atravesaba el hall. La artística mirada de Eduardo nos expresó diciendo: “¿Y si la desenchufamos?”

* Otra con Stupía. Una tarde arrastré a Eduardo a ver strip tease en un pequeño local de la calle Corrientes. El espectáculo transcurría normalmente, con muy pocos y tranquilos espectadores, salvo un chino gordo y quizás borracho en segunda fila, acompañado por una prostituta local (no de ese local). El chino exclamaba de vez en cuando cosas en voz alta, aunque no se le entendía qué. Entre desnudo y desnudo había, como es habitual, otros números. Un mago empezó a hacer su rutina. Ahí el chino se puso más pesado, y en un castellano recién aprendido le gritó “puto” un par de veces. A la tercera, el mago hizo su mejor truco. En sus manos apareció increíblemente un palo (juro que no lo sacó de bambalinas: apareció), saltó del escenario y empezó a pegarle al molesto espectador mientras vociferaba “Chino hijo de puta, yo te voy a enseñar”. En su intento de protegerse de los palazos, el chino cayó hacia atrás con butaca, prostituta y todo, arrastrando a las otras pocas filas semivacías. Eduardo y yo soportamos como pudimos la embestida, otros se golpearon. El chino se fue, llevado por su acompañante, alguien levantó las butacas y el espectáculo siguió. Cuando el mago subió nuevamente al escenario a terminar su número, un utilero entró y le alzó la mano de boxeador triunfante.

DÉCADAS DEL 70 Y 80

Espectadores

* Fuimos en carpa una Semana Santa a Mar del Sur con mi amigo Daniel Samoilovich y nuestras respectivas novias de ese momento. A la noche daban dos películas en la sede de la Cooperativa Eléctrica. Una de ellas, creo que la primera, era *Hatari*, y allá fuimos. Todo era bizarro: las entradas y el acomode estaban a cargo de dos señoras del lugar; la sala, un galpón con asientos de todo tipo, incluyendo un banco de iglesia. La pantalla tenía un vértice mocho, y el pedazo que faltaba se perdía en la pared del fondo. ¿Baños? Como esto quedaba en medio de

la nada, no había baños. Simplemente los varones íbamos detrás del galpón por el lado izquierdo y las mujeres por el derecho; parte de la construcción impedía ver de un sector al otro.

* Pero lo más bizarro ocurrió en el intervalo. Llegó el señor Fernández, que era como un resumen de las fuerzas vivas del pueblo en una sola persona. Dueño del único almacén, que oficiaba también y entre otras cosas de central telefónica, correo y farmacia; y por supuesto también presidente de la Cooperativa Eléctrica. El tipo cayó a ver cómo había estado la función, porque la semana anterior se había armado allí una batahola. Y las señoras lo apaciguaron así: “Quédate tranquilo señor Fernández, ningún problema, hoy ha venido gente muy buena, les ha gustado mucho la película...”

* Siesta de sábado, nos mandamos a un cine de Lavalle con mi mujer Liliana Albamonte y Eduardo Stupía. En la puerta del cine, pero ya casi en el hall, un borracho tirado con una botella en la que quedaba poco vino. Hora y media después, cuando salimos del cine, estaba el mismo borracho en el mismo lugar; salvo que ahora portaba un tremendo vendaje en su cabeza, y la botella estaba llena. De solo imaginar la secuencia nos dio un ataque de risa. En lo que duró la proyección, el tipo tuvo tiempo de terminar su botella, levantarse, caerse, romperse la crisma, ser llevado a una asistencia pública (en esa época había una allí cerca, en la plaza Roberto Arlt), ser curado y vendado, comprarse una nueva botella de vino y reinstalarse en el mismísimo lugar en el mismísimo hall del mismísimo cine. ¡Mucho mejor que la película que habíamos visto!

* De tanto ir al cine, he compartido sala con diversos famosos. El más habitual era el Mono Villegas, que asistía todos los días a un cine diferente, y que llegó a declarar que vivía en Nueva York solo porque allá daban más películas. El espectador más raro: Jorge Luis Borges. Acompañado por una señora que lo llevaba –él ya estaba ciego– entró conmigo una tarde al Lorraine. “¿Qué hace acá?” me preguntaba yo. Pero al final lo comprendí: daban *Alphaville* de Godard, que termina

con una extraordinaria cita de la *Nueva refutación del tiempo*. Alguien le había avisado, y Borges había ido no a ver, sino a oírse en francés...

DÉCADAS DEL 70 HASTA 2010

José Abel

Cuando tengo que describir a mi genial amigo José Abel Perdomo, me limito a contar dos o tres de estas anécdotas.

* Nos juntábamos a estudiar de noche en el departamento de Chiquita Gramajo, novia (y luego esposa) de Arturo Carrera. Éramos Arturo, Graciela (hermana de Chiquita), Edgardo Chibán, Mariano García, José Abel y yo. Chiquita, que no tenía exámenes próximos, ocupaba su tiempo en labores de costura. A las tres de la mañana, lo que había sido un silencioso ámbito de estudio se convirtió de pronto en un alboroto. A Chiquita se le había ido la tijera y se había hecho un corte formidable en una mano. Ella sangraba y lloraba, Arturo la consolaba, Edgardo intentaba venderla, Graciela corría a la cocina buscando quién sabe qué, Mariano tomaba el ascensor para llamar a una presunta enfermera que vivía en otro piso, yo buscaba en la guía algún servicio de emergencias a domicilio, un caos demasiado instantáneo y demasiado urgente para la pachorra habitual de José Abel.

Cuando Chiquita, vendada por Edgardo, dejó de sangrar y de llorar, su hermana de correr, Mariano de buscar enfermera y yo servicio de emergencias, la situación empezó a serenarse. Ahí empezamos a escuchar la voz de alguien que cantaba en el baño. Parado sobre la tabla del WC, José Abel entonaba solemnemente el himno nacional. “Todos hacían algo,” fue su explicación “¿qué iba a hacer yo?”

* En otra de esas tenidas de estudio, el mismo grupo en el mismo lugar. Era diciembre, y todos teníamos o parcial o final al día siguiente. Nervios. A medianoche José Abel fue, como siempre, el último en incorporarse a la mesa de estudio. Puso una enorme pila de apuntes a su izquierda y empezó a pasarlo. Miraba cada apunte y decía “No, esto es muy difícil, no tengo tiempo” y lo ponía a su derecha. En otros casos, decía “Esto es muy fácil, lo miro un rato antes del examen” y también lo ponía a su derecha. Cada tanto encontraba algún tema intermedio, ni muy difícil ni muy fácil, y se concentraba un rato a estudiarlo. Tras lo cual lo dejaba también a su derecha. Con esta técnica de las tres opciones, la pila de la izquierda iba bajando y la de la derecha creciendo. Era ya de día, más de las cinco de la mañana, cuando exclamó “¡Terminé!”. Todos al mismo tiempo: “¿Terminaste, José Abel?” “Sí”, dijo “ahora me falta nada más que esto” mientras levantaba del piso una pila tan alta como la que había revisado primero. Colofón: Aprobó con un cuatro.

* Siempre ha sido muy difícil pelearse con José Abel. Una vez habíamos ido a visitar a un amigo marplatense, Rómulo Pianacci. Parábamos en su casa Edgardo, José Abel, Laura Palacios y yo. Rómulo tenía conflictos con su padre y eso nos contaba, con rabia y dolor, mientras tomábamos la merienda en una confitería. Lo escuchábamos con la atención para estos temas que uno tiene a los veinte años. Compartíamos sus sentimientos. Salvo José Abel, que cada tanto intervenía para mechar un chiste de los suyos. Rómulo lo aguantó uno, dos, tres veces. A la cuarta, cuando José Abel comenzó a decirle “¿Sabés lo que tenés que hacer vos?”, Rómulo estalló. “¡José Abel, me tenés podrido! ¡Si vas a decir uno de tus chistes boludos te podés ir a la puta madre que te parió!” Tras una breve pausa de un silencio que se cortaba, José Abel le dijo: “Ah, no. Si empezamos así, te perdés el consejo...”

* José ya vivía en Campana, pero los fines de semana venía a casa, y con mi mujer y yo, adonde estuviéramos invitados. Era una suerte de colado oficial, ya se sabía. Una noche fuimos a la fiesta de una chica muy bien, en un gran departamento de Belgrano. Al cabo de un par de

copas la dueña de casa, en ronda de conversación, confesó su historia familiar. Adolescentes, ella y su hermana habían descubierto que su padre tenía una familia paralela en el interior, y otra hija, más o menos de la misma edad que ellas. En lugar de escandalizarse, les encantó la idea de tener una hermanastra desconocida. Quisieron conocerla. La chica viajó a Buenos Aires, donde sus nuevas hermanas la recibieron con bombos y platillos y la llevaron de aquí para allá: a pasear, al cine, a comer, a donde quisiera. La primera estaba, y la segunda, todo maravilloso. Pero resultó que la chica quería visitarlas cada vez más seguido, y que la pasearan y que le pagaran todo, y nuestra amiga y su hermana terminaron por cansarse, imagínate.

Habíamos permanecido callados escuchando el catártico relato, que finalizaba en una dolida queja. A lo cual José Abel acotó: “¿Y qué querés? ¡Lo barato sale caro!” Todo el mundo se puso color papel, incluida la narradora que lo miraba sin terminar de creer lo que había escuchado. Lo aparté a José y le reproché: “José, ¿cómo le vas a decir una barbaridad así?” “¿Y qué le iba a hacer?” se excusó “Me la dejó picando...”

* Otra fiesta, esta vez en caserón con parque en San Isidro. José Abel toda la noche con nosotros, recuerdo que hasta charlamos con Federico Manuel Peralta Ramos. Cuando lo felicitamos por su actuación en el programa de Tato Bores, mostró su desilusión. “No sirvió para nada” dijo. “¿Por qué decís eso, Federico?” “Porque el otro día fui a un casamiento... y era todo igual que antes”. Como el novelista Raymond Roussel, Federico esperaba un cambio inmediato en la sociedad merced a su obra.

* Pero no es esa la anécdota. Llegada la hora de irnos, ya casi de día, José Abel había desaparecido. Comenzamos a buscarlo por todas partes, temiendo que se hubiera descompuesto o algo así. Nada. ¿Se habría ido solo? No lo creíamos. Pero ya abandonábamos la búsqueda cuando lo vi. Estaba varios metros sobre nuestras cabezas, subido a uno de los árboles del parque. “Baja, José, baja”. Bajó de mala gana: “Ustedes no saben lo lindo que se veía desde allá arriba...”

* Otra vez leí en un cartelito pegado en la calle que vendrían a Buenos Aires los legendarios Lecuona Cuban Boys. Y allá fuimos, en patota, muchachos y chicas, a la Federación de Box. En una mesa cercana, cuatro o cinco muchachones medio borrachos comenzaron a provocarnos. Optamos por ignorarlos. Siguieron molestando mientras bailábamos, seguimos ignorándolos. Cuando el baile terminó, caminamos media cuadra hacia Corrientes... y ahí descubrimos que José Abel no estaba. ¡Los borrachos! ¿Qué le habrían hecho? En la esquina de Tuñín se apilaban materiales, así que de la vereda agarramos unos palos y unas piedras y volvimos al salón, dispuestos a todo. Ya no había nadie, estaban limpiando. Oímos risotadas. En un recoveco, una mesa con los borrachos. Seguían tomando, con José Abel entre ellos, a los abrazos, como si se conocieran de toda la vida...

* Por si alguien no lo sabe, en los baños públicos solían escribirse versitos alusivos. Uno de los más conocidos: *En este lugar sagrado / donde acude tanta gente / hace fuerza el más cobarde / y se caga el más valiente.*

Hace pocos años, José era responsable del Presupuesto Participativo en Campana. Se hace una convención sobre el tema en Luján, en la sede de la Universidad. José llega con ganas de orinar, pero en el edificio no encuentra dónde. Ve a una mujer de uniforme, sin duda una guardia de seguridad. Pero en su estilo, en lugar de preguntar directamente por el baño, le dice: “Disculpeme, pero ¿dónde está ese lugar sagrado donde acude tanta gente...?” Cortésmente ella lo conduce hasta una ventana y le señala: “La Basílica queda para allá”.

* Última y reciente. Vamos en mi auto a Valeria del Mar. Maríní Pastor, la mujer de José Abel, charla con Liliana, mi mujer. Le cuenta que juega a la canasta online con un médico mexicano. Este médico trabaja en una escuela, exclusivamente dedicado a atender a los alumnos que se accidentan. A Maríní, directora en un colegio secundario, le parece muy bien. “Imaginate, cada vez que se nos lastima un chico tengo que estar llamando a Emergencias, a veces ni vienen. ¿Qué pretenden, que los cosa yo?”

A lo que José Abel acota: “Eso es por falta de voluntad, porque vos cosés muy bien”.

DÉCADA DEL 80

Familia

* Mi suegro Roberto Albamonte sabía ser gracioso. Una vez fuimos con él y con Sergio, mi querido cuñado, a ver un partido de Quilmes, el equipo que amaban. El cervecero venía mal, de modo que apenas empezó el partido la popular en la que estábamos la emprendió duro con los jugadores. Uno la perdía y le gritaban barbaridades; otro la retenía y lo insultaban igual, y así constantemente durante los primeros minutos. De pronto se hizo un silencio, que Roberto aprovechó para pedir: “Che, a ver si me dejan alguno para putearlo yo”.

* Llevábamos en auto a Roberto y a Benita, mi suegra. Lili y yo íbamos adelante, peleando. Mis suegros, siempre discretos, no intervenían. Hasta que Lili y yo nos callamos, enojados. Allí se oyó una fingida vocecita de Roberto diciéndome: “Bueno, jodete. Vos la elegiste. No hay devolución. Jodete”.

* Mi sobrino Pablo Luján no tenía más que dos años. Intentaba jugar con sus autitos, pero su gata, llamada Moña, los corría como si fuesen ratones. Pablo quiso frenarla, y la gata lo rasguñó. La madre (mi hermana Ana María), que vigilaba todo por la ventana, lo vio entrar a la carrera, abrir el cajón de los cubiertos y empuñar un cuchillo. “¿Pablo, qué vas a hacer con eso?” A lo que Pablo, en su media lengua tarzanesca, explicó: “Moña pincha Pablo... Pablo pincha Moña quiquillo (cuchillo)”.

Según Ana, Pablo ya comprendía la Ley del Talión

* Federico Hierro es hijo de Irma Estela (siempre creí que se llamaba Irmestela), una prima hermana de mi mamá. Siendo bastante chico, Federico quiso saber cómo nacían los bebés. Su padre, médico y sin remilgos, se tomó el trabajo de explicarle todo el asunto, de pe a pa y con detalles. Federico pareció comprender, pero al día siguiente, cuando el hombre volvió del hospital, lo interpeló: “Papá, para hacer eso que me explicaste ayer... ¿hay que sacarse la ropa?”

Hijos

Como todo padre, atesoro preguntas, expresiones, gracias y peculiaridades de mis hijos. Pero evitaré aburrir. Contaré solo una anécdota de cada uno: Andrés, nacido en diciembre del 76 y Elisa, de mayo del 79.

* Cuatro o cinco años tendría Andrés cuando lo llevamos por primera vez al Itaipark. Tras pasar allí la tarde del domingo, regresábamos en taxi (todavía no teníamos auto) haciendo cuentas: entradas + juegos + panchos + cocacolas + taxis... Para nuestra economía de entonces, un montón de plata. Ya bajando en casa, Andrés pidió que al domingo siguiente lo volviéramos a llevar al Itaipark. “No, hijo, es muy caro. Con lo que gastamos te podríamos hacer un buen regalo, lo que quieras...” Me miró con ojos grandes y entusiasmados: “¿Me comprás un Tren Fantasma?”

Sí, al domingo siguiente lo volvimos a llevar al Itaipark.

* “Cag-li-tos” era un personaje que yo había tomado prestado de mi amigo Hugo Bevacqua. Un chico tonto, torpe y gritón, que asustaba a mi hija Elisa (no más de tres o cuatro años) vociferando “¡Cag-li-tos!” y amagando atacarla. Pese a que no me caracterizaba ni nada (apenas hacía una mueca y cambiaba la voz) a ella le gustaba creer en el personaje, asustarse y desasustarse cuando retomaba mi rol de padre. Al día siguiente de haber ido en familia al cine, fingí un ataque de Cag-li-tos. En medio del terror, Elisa tuvo como una iluminación: “¿Cag-li-tos,

vos viste E.T.?” Yo: “¡Stiiiiiiii!” Elisa, aliviada: “Entonces no sos Cag-li-tos, sos mi papá”.

Más fútbol

* Mi gran amigo Fernando DeGiovanni era bajito (medía un centímetro menos que yo; siempre sostuve ante él que se trataba del centímetro más extenso del mundo) y en el momento en que lo invité a prenderse a un picado mañanero en la ex penitenciaría de Las Heras (aún no parque ni sede de colegios) andaría por los cuarenta años y los ochenta kilos. Vino. Alegando falta de estado y trasnochada previa, Fernando prefirió aprovechar que el número de jugadores era desparejo para quedar afuera esperando su turno. Casi al final se fue uno y Fernando entró a sustituirlo. Se acomodó como puntero derecho y se agazapó esperando un pase. Apenas pude, le metí una pelota cortada en profundidad. Fernando se lanzó como un poseso tras la bol, que corría haciendo patitos sobre las toscas. Como pudo se la llevó a la carrera, huyendo de una persecución inexistente. La pelota, viva, se le adelantó. Mi amigo duplicó su esfuerzo para alcanzarla antes de que se fuera de la cancha, y alcanzó a tirar un centrado débil que el arquero retuvo con una mano. Pero Fernando no se detuvo. Transpuso la imaginaria línea de fondo, frenó unos metros más allá, reverencioso inclinó el cuerpo hacia adelante y vomitó largamente. Un récord.

* Vacaciones en Itapema, al sur de Brasil. Descubrí que los mozos tenían su hora libre a las cinco de la tarde y la aprovechaban para jugar al fútbol en una cancha enorme y preciosa, de césped corto y parejito. Les pedí permiso para jugar con ellos. Dudaron, pero como yo era un huésped me dieron el gusto. Jugué lo bastante bien como para que, al día siguiente, me considerasen uno de los suyos. La “elegida” sonaba así: “Paulinho”... “Robertinho”... “Toninho...” “O seor”. El señor era yo.

* Ducharme escuchando la Oral Deportiva o la transmisión del fútbol ha sido un clásico en mi vida. Un día muy lluvioso, el gordo Muñoz recorría las conexiones para ver qué partidos se estaban suspendiendo. Dirigiéndose –siempre de usted– a su propio hijo, le preguntó: “Dígame, Carlos Alberto, ¿cómo están las cosas en Manuela Pedraza y Cramer?” “No creo que aquí se juegue, José María, porque el campo de juego de Platense se encuentra totalmente abnegado”. Lili golpeó la puerta del baño a ver qué me pasaba; mis carcajadas la habían asustado.

* Silvia (cuyo apellido me reservo) de fútbol no sabía nada, pero portaba los prejuicios de su clase. Casó con hombre de similar nivel, fanático de Boca. A la semana del casorio el tipo invitó a sus amigos a ver un partido por televisión. Varios amontonados frente a la pantalla. Silvia pasó por atrás de todos, miró un segundo y preguntó: “Y ese que corre por el costado con una banderita, ¿quién es?” Alguno se dignó a aclararle: “El lineman”, a lo que Silvia dictaminó: “¡Judío!”

DÉCADA DEL 90

Confusiones

* Mi hija y sus compañeras de secundario fueron a ver *Carlito's Way*. A la salida una de ellas (hoy reconocida actriz) expresó su confusión. “No entiendo... ¿qué es Al Pacino?” Cuando le contestaron al unísono que era el nombre del actor, siguió dudando: “Y entonces... ¿qué es eso de Al Pacino I, Al Pacino II, Al Pacino III...?”

* La profesora de Literatura del Colegio Nacional de Buenos Aires (allí cursaron la secundaria mis dos hijos) analizaba una carta de Simón Bolívar, donde el prócer expresaba un profundo afecto por su madre. El alumno, oriental y aplicado, preguntó a qué se debía tanta

devoción. La profesora simplificó: “Eso es Edipo, corazón”. A lo cual el alumno sacó una flechita del texto y anotó prolijamente al margen: Edipo Corazón.

* Tres de la tarde menos un minuto. Bajaba yo las escalinatas para salir del enorme y magnífico edificio central del Banco Provincia en Buenos Aires. Tirado a un costado, descansaba un croto (hoy se llamaría *homeless*). En ese momento subía un tipo dispuesto a hacer algún trámite. El croto le advirtió: “Vamos, vamos que estamos cerrando...”

* Mi amiga Virginia Caramés iba de vez en cuando a visitar a alguien en su horario de trabajo. Pero no subía hasta la oficina, simplemente avisaba y esperaba un rato, siempre en el mismo bar de la esquina. Un día se instaló en una mesa dispuesta a aguardar y notó que en un grupo de hombres charlando acodados a la barra había una cara conocida. No se equivocaba: la cara conocida giró en un momento, la miró y le sonrió, también reconociéndola. Y así un par de veces. “¿De dónde lo conozco?”, se intrigaba Virginia. “¿Será un paciente?” (Virginia es odontóloga). “¿Alguien de la facultad?” (Virginia da clases). “¿Del Museo de Calcos?” (Virginia también es escultora). En un momento no aguantó más, y cuando el hombre giró hacia ella le espetó en voz suficientemente alta como para que la oyera medio bar y especialmente el grupo junto a la barra: “Perdón, ¿de dónde nos conocemos nosotros?” El hombre la miró y en voz igualmente alta respondió: “De acá: soy el mozo”.

DÉCADAS DEL 90, 2000 Y 2010

Alumnos

Durante veinte años fui profesor –y luego director académico– en el instituto terciario de publicidad de la Asociación de Agencias. Como cualquier profesor, coleccioné anécdotas de los alumnos más bestias, haciendo la salvedad de que no todos lo eran.

* Para conocerlos un poco, en particular a los de primer año, solía darles una encuesta impresa. De un lado anotaban sus datos, estudios, celular, etc.; al dorso, sus preferencias. Les pedía, por ejemplo, que señalaran tres ciudades, tres grupos musicales, tres películas, tres revistas, tres programas de televisión, y así. Ponía el rubro y debajo líneas de puntos para que las completaran. No olvidaré jamás al alumno que cruzó los tres renglones que había debajo del título “Libros” con un cartel enojado que advertía: NO LEO LIBROS.

* En un examen escrito un alumno escribió: “No hay que hacer eso, porque poray al cliente no le gusta”. “Poray” en lugar de “por ahí”. Obviamente, lo felicité por el neologismo guaraní.

* Por mi condición de tutor, tomaba examen también a alumnos de otros profesores. Una vez cayó una chica con un aviso mal dibujado en una servilleta, que el otro profe le había encargado. El aviso estaba conceptualmente mal; se lo dije, le aseguré que no lo tendría en cuenta, y comencé a hacerle preguntas sobre el programa. No contestó ninguna. El diálogo posterior fue exactamente así: “Mirá”, le dije, “no tenés ni idea. ¿Por qué te presentaste?” Ella: “Vine a ver qué onda”. Yo: “Bueno, onda que tenés un uno...”

En viaje

* En Sevilla habíamos tomado un modesto *bed & breakfast* junto a la maravillosa placita de Doña Elvira. Pero yo me engripé y esa posada sin calefacción, sin alfombra y sin televisor se me volvió poco hospitalaria, así que nos mudamos a un hotel más convencional, tres estrellas, en una zona menos atractiva. Antes de subir a la habitación, le aclaré al conserje por qué quería una habitación allí. Reaccionó enseguida: “¡Hombre, usted no puede estar enfermo en Sevilla! Tómese una aspirina y salga igual”

* Era todo un personaje. Cuando le contamos que veníamos de Buenos Aires, a miles de kilómetros y doce horas de vuelo, no lo podía creer. “Yo” dijo “nunca he estado a más de doscientos euros de casa”.

* El método más barato e ingenioso de control de estacionamiento lo vi en La Habana. Había un coche mal parado en el paseo del Prado. Dos policías se acercaron, lo rodearon, y uno de ellos sacó un destornillador, con el que despojó al vehículo de sus patentes.

Más tarde pregunté cómo funcionaba el sistema. “Muy fácil. Sin patente no se puede circular, va usted preso. Hay que ir la comisaría, abonar una multa y le devuelven las patentes. A la segunda vez, la multa es mucho mayor. Y a la tercera... no vaya a buscar las patentes. El coche ya ha sido dado de baja”.

* “¿Es verdad que acá tocaba Bola de Nieve?” inquirí al chico que cuidaba la puerta del restaurante Monseñor, frente al Hotel Nacional. “Sí señor, acá tocaba, está su piano”. Y la emprendió con el menú y los precios. Dudamos, dimos unas vueltas, pero al final bajamos la escalera que desembocaba en un subsuelo. Cortinados rojo cardenalicio, pocas luces, aspecto de cabaret que vivió tiempos mejores. Una pareja de franceses, cuatro o cinco norteamericanos más allá y el resto, mesas vacías, todas con mantel rojo... excepto una a ladito del piano, donde el maître insistió que nos sentáramos. Me molestó que nos pusieran en esa mesa incompleta. Pero Lili no quiso cambiarse y la aceptamos.

Cuando llegó el mozo, insistí con mi pregunta. ¿Era verdad que aquí tocaba Bola de Nieve? “Señor”, me dijo, “no solamente tocaba aquí, no solamente ese era su piano, sino que, como usted preguntó, lo hemos sentado en la mesa de los amigos de Bola de Nieve”.

No recuerdo qué comí, y no importa. Sí recuerdo que el nudo emotivo en la garganta apenas me permitía tragar.

* Para completarla, al rato apareció un señor bien puesto, de polera negra con cuello alto y se sentó al piano. A la quinta nota ya habíamos descubierto (en especial mi mujer, que sabe tocar) que se trataba de un pianista excepcional. Luego averiguaríamos que era Nelson Camacho, uno de los mejores músicos de Cuba, quien a la muerte de Ernesto Lecuona acompañó durante años a su cantante fetiche, Esther Borja.

Camacho interpretó finamente temas de Bola de Nieve, se acercó a tomar pedidos a la mesa de los turistas –los yanquis, obvios, pidieron *New York, New York*– y al final vino a nuestra mesa. Encantador, cuando supo que éramos argentinos dijo: “Perdón, la única canción argentina que conozco la aprendí en Uruguay”. Y cerrando una de las noches más emocionantes de mi vida, nos regaló una entrañable versión del chamamé *Merceditas*.

* El primer día de nuestra estadía en Viena tomamos el subterráneo. En vano busqué la ventanilla donde comprar los boletos o alguien que me informara: no había nadie. Pensé que se vendían en el andén. Bajamos. Tampoco. El subte vino y lo tomamos. Volví a mirar en la estación de llegada: cero empleados, cero ventanillas. La segunda vez, al día siguiente, noté que había dispersos por ahí, no formando una hileras, una suerte de parantes con un pequeño artefacto triangular donde, al parecer, se marcaban los boletos. Pero ¿dónde comprarlos? Volvimos a viajar gratis. Así un par de veces más hasta que descubrí, muy al costado, muy en un recoveco poco visible, una máquina expendedora. Pero tampoco entendí la explicación en austríaco, así que una vez más, no pagué. Me quedé un rato, pero ni un vienés se acercó a sacar su boleto como para pedirle ayuda. Nuevo viaje gratis.

Intrigado, a la mañana siguiente le pregunté al peruano que atendía nuestro desayuno. “José, hace varios días que viajo gratis en subte, y no veo a nadie que saque boleto y a nadie que cuide”. “No, los subtes no tienen empleados visibles, andan solos, y además nosotros tenemos esto”. Sacó del bolsillo una tarjeta anual con la que viajaba tanto en subte como en tramway. “Pero... ¿no se controla?”. “Sí se controla. Cada tanto la policía cierra una estación y reclama los pases y boletos”. “¿Y qué pasa si me pescan en falta?” “Le cobran una multa”. “¿Cara?” “Sí”. “¿Y si no tengo para pagarla?” “No, no la tiene que pagar en el momento, se la mandan a su casa”. “¿En Buenos Aires?” “Sí”. “Y si no la pago, ¿qué?” “Nada, no puede volver”. “Pero es que no pienso volver a Viena”. “A Viena no,” me aclaró José, “a Europa”.

Al día siguiente entendí la máquina y saqué religiosamente mis boletos.

* Tal vez sea la anécdota más boba, pero la cuento porque ninguna me da tanto orgullo. Fin de semana largo en el Hotel Casino de Carmelo, Uruguay. Anunciaron espectáculo nocturno en el gran salón comedor. Previsiblemente, fuimos, y cenamos escuchando temas internacionales por un cantante local. No lo hacía nada mal, y tenía entusiasmo y buen humor. Hizo cantar a alguna espectadora y a un par de chicos. El salón, repleto, lo aplaudía, pero era evidente que faltaba algo. Hizo una pausa y cuando volvió la emprendió con *Capullito de alhelí*. Ahí le dije a mi mujer “¡Vamos!” y en un espacio junto al cantante nos pusimos a bailar. Y sabemos bailar bien, especialmente ese tipo de temas. Fue una ovación. Yo no estaba mirando hacia el público cuando estalló una segunda ovación, y una tercera. ¿No estarían exagerando nuestras virtudes? No, es que ya había dos parejas más en la improvisada pista. Un minuto después se llenó y el cantante –de buen grado– abandonó su rol y se dedicó a poner temas bailables con su equipo de música y la fiesta duró hasta la madrugada y hasta los mozos bailaron. Al día siguiente varios nos felicitaron por lo bien que bailamos, pero creo que simplemente nos agradecían el clic que convirtió en un segundo una noche más o menos aburrida en un jolgorio importante.

En vuelo

* Mujer separada, con varios hijos chicos a cargo, preparando su viaje solita a Europa. Nepa lo logró, pero le costó una úlcera que la obligaba a tomar unos tragos de leche cada dos horas. Así subió al avión, para descubrir que había de todo... menos leche. Bajó en Fiumicino desesperada, corrió a un bar del aeropuerto. Cuando el mozo tanito la atendió, ella debía haberle pedido “latte”. Pero se le cruzaron los cables y con su mejor cara de urgenciada le dijo “¡Voglio letto!”. Después no se lo podía sacar de encima...

* Narrada por mi tío Norberto, aviador él. Vuelo comercial. Tripulación mixta: piloto y copiloto yanquis, mecánicos argentinos. Llevaban, entre otras cosas, una jaula con visones. En mitad del viaje, los argentinos descubrieron que los visones habían escapado, con el tremendo riesgo que animales sueltos suponen en un avión en vuelo. Había que avisarles ya a los pilotos. La solución fue algo así como “Hey, mister... ¡visoned... pication!”

Definiciones

* Santiago, el hijo mayor de mi socio Marcelo Braz, tendría en ese entonces unos cinco años. Lo llevaron con el jardín a visitar un museo. Volvió entusiasmado contando el viaje, el pancho que había comido, cosas así. Los padres: “Pero, Santi, ¿qué te pareció el museo? ¿Qué había?” Santi: “Un montón de cosas viejas que no se pueden tocar”.

* A la nonagenaria tía Hebe de mi amiga Virginia no le gustaba el geriátrico donde se había internado una amiga. “Son muchas viejas en una mesa mirando todas para el mismo lado”.

* Mis tíos Guigue y Norberto regresaban en auto a su casa de Trelew, cuando una señora amiga de una amiga pidió que la llevaran y así lo hicieron. Ya en la Patagonia, mirando por la ventanilla, la señora perpetró el siguiente y convencido discurso filosófico: “Dios es sabio, ¿no?”

Puso los leones en África y las ovejas acá. Porque si los hubiera puesto acá se comerían a todas las ovejitas, pobrecitas”. Y concluyó repitiendo: “Dios es sabio”.

* Mi tío Arturo, hermano menor de mi papá e impenitente donjuán, ya estaba bastante senil cuando lo acompañamos a hacer un trámite bancario. Allí declaró a quien nos atendía: “Yo no miento nunca”. “Vamos, Arturo”, le dije, “¿A las mujeres tampoco?” Su respuesta no dejó lugar a dudas: “Mentirle a una mujer no es mentir; es política”.

DÉCADAS MEZCLADAS

Guarangas

* Aún hoy, cuando alguien en Salto ofrece, por ejemplo, una galletita y el otro no acepta, es habitual que el oferente diga “Bueno, más mejor pa’ Causevich” (el balcánico apellido, correctamente escrito, es Čaušević). ¿De dónde viene la expresión? Según la bonita historia, este Causevich tenía una chacra y una familia que, ese domingo, se había ido a misa. El hombre estaba solo cuando una vecina (según algunas versiones, una gitana) le pidió el horno de barro para hacer el pan. Cuando la mujer estaba inclinada metiendo la masa en el horno, Causevich la tomó de atrás dispuesto a forzarla. Como ella retrocedía para intentar zafar del abrazo, él le decía: “Arrempuja nomás, arrempuja, que más mejor pa’ Causevich”.

* El viejo Mendoza se las sabía todas. De lo que se hablara, él conocía más, porque había estado. ¿Carreras de autos? Él había pintado la pista de Indianápolis. ¿Política? Él había aconsejado a Perón. ¿Fútbol? Él le había enseñado a jugar a media selección argentina. Un día se hablaba de homosexuales, y el viejo metía baza, hasta que lo frenaron:

“Cállese, viejo, ¿usted qué sabe de esto?” “Ja”, dijo Mendoza, “me van a decir a mí, que fui puto tres años en Buenos Aires”.

* El ya mencionado petiso Lagoa fanfarroneaba acerca de su virilidad y sus conquistas. Una de sus amantes ocasionales le había dicho en el momento del amor: “¿Qué hiciste, petiso? ¡Me has metido la pierna!”

* Un conocido se acostó con una paraguaya que trabajaba en casa de un amigo. En mitad de la acción, y por decir algo, el tipo preguntó “¿Te gusta?”, a lo que ella comentó “Ta linda... ‘ta ancha”.

* Jovencita, mi tía Guigue fue con varias amigas a una fiesta en Buenos Aires. Estaba, como las otras, muy emperifollada (hoy se diría: producida). En el camino, una pordiosera les pidió unas monedas. Ellas la ignoraron, pero a Guigue le dio culpa, volvió atrás y le dio un poco de dinero. La pordiosera le echó su bienaventuranza: “Gracias, niña, y ojalá encuentre quien se la coja”.

* Mi amiga Susana tenía unos veinte años largos, y era muy libidinosa y muy virgen, lo uno por lo otro. Solía pedirme libros con escenas fuertes, que la excitaran. Le expliqué: “Ay, Susana, a cada uno lo excitan cosas diferentes. Yo tenía un amigo que se masturbaba con la Biblia.” Su sorprendida respuesta fue: “¿Y cómo hacía? ¿Se apretaba?”

Con moraleja

Como el lector habrá notado, las anécdotas que refiero no son de las que tienden a dejar enseñanzas. Sin embargo, cierro esta colección con el siguiente par de excepciones. Creo que valen la pena.

* Entre las varias cosas que hizo en su vida, mi abuelo de joven había sido jefe de estación. Terminaron echándolo, porque solía quedarse dormido y tenían que esperarlo para recibir y despachar el tren. En algún momento estaba vendiendo boletos a un hombre que no sabía expresar muy bien a dónde quería ir. Mi abuelo se puso nervioso, y

medio lo maltrató, a lo que el paisano le dijo (y la frase pegó fuerte en mi familia): “Pero, amigo... respete la ignorancia”.

* Mi tía abuela Kela era todo un personaje. Se dice que había sido la primera mujer de Salto en irse sola a trabajar a Buenos Aires, donde residía. Fuerte, decidida, brava. De visita en Salto, un domingo a la mañana, casi al mediodía, dábamos una vuelta en auto con mi papá. Pasamos por un rancho vecino al río. La humildísima mesa estaba puesta en el patio de tierra, debajo de un árbol. Tres o cuatro chicos descalzos esperaban lo que seguramente sería un guiso. Y el padre entraba con una gran botella de Crush, entonces un verdadero lujo para ese contexto. El comentario de Kela no se hizo esperar: “Mire, Mario, no tienen ni para comer y toman Crush”. A lo que mi papá respondió: “Pero, Kela, ¿qué quiere? ¿Que ni eso...?”

FIN

Mayo a julio de 2017

Mario Tobelem

HUMOR CULTO

HUMOR CULTO

Mi extinto amigo Edgardo Chibán daba así su dirección en Buenos Aires: Larrea 831, 4° D... de Voyac (pronunciación del apellido checo del músico Anton Dvorak, el autor de la famosa Sinfonía del Nuevo Mundo).

Pero jamás hacía la aclaración que está entre paréntesis. Confiaba en la cultura del interlocutor. O la desafiaba.

Lo mismo haré aquí, en esta colección de chistes brevísimos que me llevó años inventar. No todos: hay unos pocos que recogí aquí y allá, y adapté al modelo.

El lector puede considerarse culto si capta de inmediato las alusiones.

Yo espero que además, se divierta.

Al teléfono

- Hola, ¿hablo con lo de Hegel?
- Sí y no.

* * * *

- Hola, ¿hablo con lo de Freud?
- ¿A usted que le parece?

* * * *

- Hola, ¿hablo con lo de Sócrates?
- No sé.

- Hola, ¿hablo con lo de Descartes?
- Lo dudo.

* * * *

- Hola, ¿hablo con lo de Harpo?
- ...
- Hola, Harpo, ¿cómo te va?

* * * *

- Hola, ¿hablo con lo de Morse?
- Punto, punto, raya, punto, punto, raya...

* * * *

- Hola, ¿hablo con lo de Miguel Ángel?
- ¡Parla!

* * * *

- Hola, ¿con la biblioteca de Frankfurt?
- ¿Tienen los libros de Adorno?
- Sí, claro.
- ¿Y por qué no los leen?

* * * *

- Hola, Vector.
- Sí.
- ¿Tienes un momento?

Frases no tan célebres

– ¿Adán? ¿Eres tú? (Eva)

* * * *

– ¡Ni se te ocurra salir con una hoja tan chica! (Adán)

* * * *

– ¡Queremos abuelos, queremos abuelos! (Caín y Abel)

* * * *

– No te preocupes, Noé. Siempre que llovió, paró.

* * * *

– Adiós, mamita... (Edipo)

* * * *

– Nena, desvestite y vení a tomar la leche. (La mamá de Cleopatra)

* * * *

– En las ciudades siempre hace más calor. (Nerón)

* * * *

– No, cambio de cincuenta no tengo... ¿No me daría treinta justos?
(Judas)

* * * *

– Ay, no tengo qué ponerme (Lady Godiva).

– Nena, no salgas tan desabrigada... (La mamá de Lady Godiva).

* * * *

– La primera impresión es la que cuenta. (Gutenberg)

* * * *

– Tengo un dolorcito acá... (Napoleón)

* * * *

– Soy todo oído. (Van Gogh)

* * * *

– Soy una persona íntegra, y quiero la exclusividad. (Jack)

* * * *

– ¡Gracias a Dios, es Viernes! (Robinson Crusoe)

* * * *

– ¿Qué mujer tiene un físico como el mío? (Sra. de Einstein)

* * * *

– Bueno, por suerte me falta nada más que el techo.
(Miguel Ángel)

* * * *

– “3-1416-3,1416... 3,1416-3,1416...” (Un pajarito matemático).

* * * *

– “Cuidado Cuidado” (Cartel a la entrada de Baden Baden).

Últimas palabras

– ¡Decídanse, decídanse! (Tupac Amaru)

* * * *

– ¿Me jabonarías la espalda? (Marat)

* * * *

– ¿Qué tal me queda? (Sansón)

* * * *

– Calorcito, ¿no? (Juana de Arco)

* * * *

– Deja de molestar, niño. (Goliat)

* * * *

– Una aspirina, por favor. (María Antonieta)

Así empezaron

– ¡Hija, basta! ¡Eres la única niña de Milo que se come las uñas!

* * * *

– Oh, Neil, qué chico distraído, siempre en la Luna.

* * * *

– Edmund, bajate de ahí. (Sra. Hillary)

– Cristóbal, ¿a dónde te pensás que vas?

* * * *

– Benjamín, no salgas que hay tormenta.

Comparaciones

Cortito como discurso de Marcel Marceau.

* * * *

Largo como resfrío de Cyrano.

* * * *

Con más trabajo que el plomero del Titanic.

* * * *

Tan gordo que su probabilidad de estar en un punto cualquiera de la habitación es 1.

Preguntiñas

1. ¿Cuál es el río más inútil?
2. ¿A qué dramaturgo griego odiaban las ovejas?
3. ¿Que novela gauchesca es best seller en verano?
4. ¿Cómo escapa Güemes de su provincia?
5. ¿Qué se dice de un elefante adolescente que charla con sus amigos en la esquina?

Respuestas: 1. Paraná. 2. Esquilo. 3. Don Segundo Sombra. 4. Salta. 5. Barrita.

Confusiones del futuro

El Gato Fénix

* * * *

Velas Bartok

* * * *

Palito Ortega y Gasset

Dudas metódicas

¿Y Marlon Brando qué le ponía a las tostadas? ¿Vaselina?

* * * *

Una madre oriental y absorbente... ¿es ponja?

* * * *

Si un nihilista se cae al agua... ¿nada?

* * * *

Los contrarios a la pena de muerte... ¿festejan la Pascua?

* * * *

Los chinos... ¿se ahogan en sampán?

El gato de Schrödinger... ¿tiene siete vidas sí y siete vidas no?

* * * *

El piojo... ¿tiene entre 3 y 4 ojos?

* * * *

¿Qué ocurre cuando n tiende a infinito? ¿Infinito se orea?

* * * *

El hombre primitivo dejó los árboles. ¿A quién?

* * * *

El elefante barrita. ¿De qué?

* * * *

Un oso bipolar... ¿se cansa el doble?

Diálogos

El masoquista: Haceme sufrir.

El sádico: No.

* * * *

El masoquista al sádico: Tus órdenes son deseos para mí...

* * * *

Manzana: ¡Perdón!

Newton: No es nada, caíste justito.

- Che, Dalí, qué hora es?
- Laass ounnnce y meddeaaa...

* * * *

- Che, y Moebius... ¿de qué lado está?
- Del nuestro. Siempre.

Libros, cuadros y películas

El retrete de Dorian Grey

* * * *

El retrato de Doris Day.

* * * *

El jardín de senderos que se masturban.

* * * *

El hombre que está solo y es una pera.

* * * *

Himen y castigo.

* * * *

Por quién doblan las esquinas.

* * * *

El hipo rey.

Los bares abiertos de América Latina.

* * * *

La insoportable levedad del cero.

* * * *

Don Segundo sobra.

* * * *

El entierro del conde de Orgasmo.

* * * *

Ana y sus hormonas.

Precuelas...

La reinita encinta (Antoine de Saint Exupéry)

* * * *

Fahrenheit 328 (Ray Bradbury)

* * * *

Relato de un navegante (Gabriel García Márquez)

* * * *

El mediano Gatsby (Scott Fitzgerald)

... y secuelas

El ahijado (Mario Puzo)

* * * *

Sra. Lola (Vladimir Nabokov)

* * * *

80 sombras de Grey (E. L. James)

Nombres

Carilina de Mónaco.

* * * *

Gárgara Streissand.

* * * *

Valeria Relinch.

Idiosincrasias

Un barco amarra en una isla presuntamente desierta, pero está habitada –desde hace muchos años– por un naufrago inglés. El capitán del barco se sorprende por los tres verdaderos edificios que, con ramas, lianas, ingenio y seguramente esfuerzo, ha construido el hombre. Curioso, le pregunta por ellos. Señalando la primera construcción:

– What’s that?

El naufrago le responde

– That’s home.

Señalando la segunda:

– And what’s that??

– That’s the club I go.

– Well, then, what’s that???

– Oh, that’s the club I don’t go.

* * * *

Un hombre pasa llorando frente al negocio de un judío.

El judío lo increpa:

– ¿Y me va a decir a mí?

* * * *

Un mexicano puso un cartelito. Para vender droguitas.

Hechos históricos

Jesucristo hacía aerobics, y Poncio, pilates.

* * * *

- Ave, César.

- ¿Otra vez? ¿Carne de vaca nunca?

* * * *

Freud jugaba al yo-yo, vigilado por el súper yo-yo.

En tres actos

Primer acto. Un pordiosero educado pide dinero:

-¿Me da?

Segundo acto. Un pordiosero confianzado pide dinero:

¿Me das?

Tercer acto. Un pordiosero inculto pide dinero:

...

¿Cómo se llama la tragedia griega?

(¿Me dea?)

Surrealismo

- ¿Cuántos surrealistas hacen falta para enroscar una bombita eléctrica?

- Un pez.

* * * *

Hay dos clases de personas, las que están y

* * * *

¿Le gustan los chistes sin palabras? Aquí va uno

SUMARIO

Advertencia6

ANECDOMARIO9

Décadas del 30 y del 40..... 10

Gariboto..... 10

Mamá..... 10

Década del 50..... 11

Córdoba..... 11

El cine en Salto..... 12

Más de Salto..... 14

En el balneario..... 17

El petiso Lagoa..... 18

El peoncito..... 18

Décadas del 50 y 60..... 19

La Casa Oxford..... 19

Juan Antonio..... 20

Parientes..... 21

Década del 60..... 22

El Chiche Carballo..... 22

Cruceros..... 23

Décadas del 60 y 70..... 23

Cine parlante..... 23

Facultad..... 25

Década del 70..... 26

Don Modesto..... 26

En la cancha..... 27

Variadas..... 28

Décadas del 70 y 80..... 29

Espectadores..... 29

Décadas del 70 hasta 2010..... 31

José Abel..... 31

Década del 80..... 35

Familia..... 35

Hijos..... 36

Más fútbol..... 37

Década del 90..... 38

Confusiones..... 38

Décadas del 90, 2000 y 2010..... 40

Alumnos..... 40

En viaje..... 41

En vuelo..... 44

Definiciones..... 44

Décadas mezcladas..... 45

Guarangas..... 45

Con moraleja..... 46

HUMOR CULTO..... 49

Al teléfono..... 50

Frases no tan célebres..... 52

Últimas palabras..... 54

Así empezaron..... 54

Comparaciones..... 55

Preguntiñas..... 55

Confusiones del futuro..... 56

Diálogos..... 57

Libros, cuadros y películas..... 58

Precuelas..... 59

... y secuelas..... 60

Nombres..... 60

Idiosincrasias..... 60

Hechos históricos..... 61

En tres actos..... 62

Surrealismo..... 62